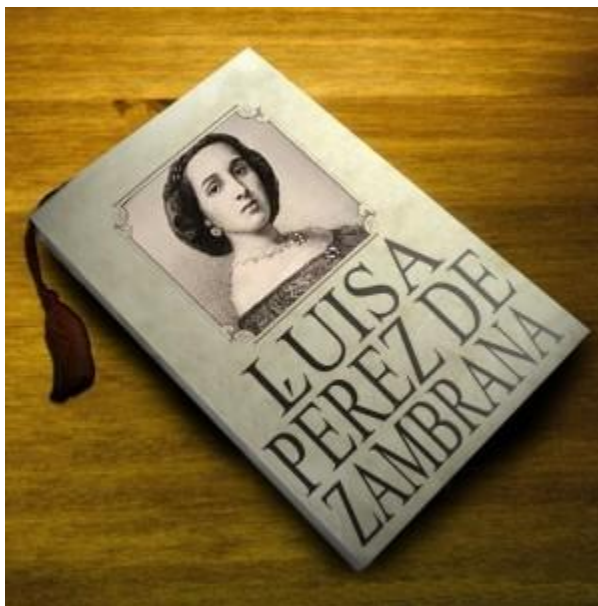


Luisa Pérez de Zambrana Dulzuras en su melancolía



*y es ante mí la creación entera
el tenebroso abismo de una tumba.*¹
Luisa Pérez de Zambrana

La tónica que da relieve a este trabajo la establecen virtudes imposibles de soslayar, infaustos acontecimientos y el lamentable abandono al que fuera confinada en su tiempo la mujer que alguna vez Chacón y Calvo señaló como “*la más insigne elegíaca de nuestras líricas*”: Luisa Pérez Montes de Oca de Zambrana.

Aparte de ese gran regalo que le dio la vida: su temprano y posteriormente consagrado oficio de poetisa, cuentan que a la joven Pérez Montes de Oca también fue concedida, además de la gracia del espíritu, la belleza del rostro que hizo latir más deprisa el corazón de un distinguido habanero; médico, catedrático eminente, y hombre de letras; el profesor Ramón Zambrana Valdés. Y así lo ilustra José Martí: “*Es Luisa Pérez pura criatura, a toda pena sensible y habituada a toda delicadeza y generosidad. Cubre el pelo negro en ondas sus abiertas sienas; hay en sus ojos grandes una inagotable fuerza de pasión delicada y de ternura; pudor perpetuo vela sus facciones puras y gallardas, y para sí hubiera querido Rafael el óvalo que encierra aquella cara noble, serena y distinguida.*” Pero no sólo bondades del cielo acompañaron a esta

¹ NA. La autora del presente trabajo tomó estos versos de la versión que parece ser la original: José Ma. Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, edición facsimilar, prólogo de Luis Mario, Editorial Cubana, Miami 2004, *La vuelta al bosque*, página 197. Existe otra versión de los versos citados de *La vuelta al bosque*, de Luisa Pérez de Zambrana: “...y es, ante mí, la creación entera / la gigantesca sombra de una tumba.” Se desconoce si es una revisión corregida de la propia autora.

mujer en su paso por la vida; cuentan que su peor tragedia fue la de sobrevivir a la muerte de sus cinco hijos que siguieron paulatinamente a la del esposo. Y a todos los perdió, también se dice, como consecuencia de sombrías enfermedades. Qué lejos habían quedado entonces los días en que la poetisa recuerda melancólicamente las horas felices de su infancia:

<<¡Oh mi verde retiro! quién pudiera
ver otra vez tus deliciosos llanos,
y quién bajo tus álamos volviera
como antes a jugar con mis hermanos.>>
(Mi casita Blanca)

Dice Mercedes Cortázar en Momentos musicales: “Voy, casi a ciegas, hacia la tumba de Luisa Pérez de Zambrana a depositar las flores que comprara mientras pasaba vertiginosamente frente a la florería, empujada por una ebria multitud obsesionada por sus muertos. La tumba se encuentra en un estado de abandono lamentable: el mármol rajado, raíces y matorrales escurriéndose por las grietas, flores mustias en vasos de material plástico. Domina la escena una impresionante placa funeraria, dorada, obsequio de Mallén Zambrana, escrita en elogio a su pariente (...) aniquilada por la mala suerte y la pobreza.” Y es que para hablar de Luisa no puede recurrirse sólo a palabras propias; se hace imprescindible dejar hablar a quienes de manera fortuita alguna vez vieron cruzarse sus destinos con el de ella, y sobre todo dejar entrar a nuestros corazones a la propia Luisa; con su palabra tierna, con el eco de esa voz que a pesar del infortunio nunca permitió que enmudeciera la poesía:

<<¡Es tan hermoso ver bañado el pecho
de blanda y celestial melancolía,
eclipsarse del sol el rayo de oro
con el postrer crepúsculo del día!
¡Es tan dulce mirar cómo derrama
allá en la cumbre de elevada sierra,
el genio grave de la noche augusta
su cabellera azul sobre la tierra!>>
(Dulzuras de las melancolías)

De Luisa Pérez de Zambrana, pueden repetirse sus datos biográficos como aparecen en los espacios dedicados a ella, y como no es mi deseo falten en esta conversación, los repaso sin dedicarles el peso de la exactitud aunque ello nos aleje un tanto del motivo principal de este recordatorio, pero añadiendo quizás, un toque diferente, puede que en beneficio de llamar la atención sobre “Ella”, la poetisa. Dicen que nació en la finca Melgarejo próxima a El Cobre, muy cerca de Santiago de Cuba, el 25 de agosto de 1837, pero a falta de su fe de bautismo o partida de nacimiento, añado que he leído autores que lo sitúan en fecha no determinada entre 1835 y 1837. Que alguien llegue a confirmarlo alguna vez, será una manera de esclarecer ese asunto que, como el del acta matrimonial que debió redactarse y archivarse en Santiago de Cuba a raíz del enlace entre ella y Ramón Zambrana Valdés, unos 18 años mayor que la joven y unos 16 días después de haber acudido allí en su busca, en nada cambia, ni la historia, ni la poesía, ni el legado de Luisa Pérez de Zambrana.

*<<Con el manto de estrellas, y la luna
como un topacio en la divina frente,
aparece la noche derramando
melancólicas lágrimas de amor.
La reina de la pálida corona
al trono sube pensativa y casta,
y al mundo baña en celestial tristeza
su amable y sosegado resplandor.>>*

(Horas poéticas)

De Luisa también dijo Chacón y Calvo: “*Pocos sabían de ella, nunca había venido a la ciudad, se decía que su niñez había pasado en una finca próxima al Cobre, y que sus primeros versos fueron hechos cuando aun no sabía leer. Sobre su niñez campesina comenzaron a formarse leyendas inocentes. Algunos ponderaban sus asombrosas virtudes de improvisadora, su natural instinto del canto que convertía en música perenne para su corazón, las cosas diarias de la vida. Su precocidad, su aislamiento. Ciertos detalles exteriores de su vida fascinaron a aquel público, no muy reducido, que en 1854 leía con avidez la prensa periódica de Santiago de Cuba.*”

Aquella sucesión de acontecimientos en la vida de esta extraordinaria mujer contribuyeron a concederle extremos opuestos de dicha y de dolor, pero también a conferir a su obra esas dos vívidas vertientes de un caudaloso río poético. Una, la constituyen aquel mismo transcurrir de su infancia y adolescencia en la finca -del que habla Chacón y Calvo- y las delicias y la dicha de su vida en familia con Zambrana y sus hijos. La otra, terriblemente dolorosa, la conformó una irremediable cadena de infortunios que se inician en 1866 con la muerte del esposo; cuando escribe *La vuelta al bosque*, uno de sus poemas más conocidos y cuyos versos finales cito al inicio del presente trabajo. A esta pérdida siguen fatalmente encadenadas las muertes de sus tres hijas. Luisa se desgarró entonces en un dolor terrible sin saber que aún le quedan jornadas más amargas...

*<<Y hoy dormís en el fondo de tres tumbas
con sudarios de lágrimas vestidas,
¡lirios del Paraíso deshojados!
¡nave de blancos ángeles perdida!*

*Ya no os veré jamás ¡flores de mi alma!
¡rosas aquí en mi corazón nacidas!
¡ya no os veré jamás! ¡cómo me anego
en torrentes de lágrimas de acíbar!>>*

(Después de la muerte de mis tres hijas)

...Porque aún ha de enlutar mucho más el alma de esta mujer que subsiste en medio de la pobreza y el abandono de sus contemporáneos, la muerte de sus otros dos hijos. Una mujer que jugara un exitoso desempeño en las letras cubanas de la época, y a quien sin embargo, la personalidad irresistible y la poesía arrolladora de Gertrudis Gómez de Avellaneda, impusieron su supremacía a pesar de aquella sociedad en que la mujer aún no se libraba del peso de la falda. Aquí remito nuevamente al lector a Chacón y Calvo: “*Mantiene una amistad íntima con*

Gertrudis Gómez de Avellaneda -su profunda antítesis en el arte y en la vida-”. A Luisa tocó coronar de laureles a la reina de las letras cubanas en un acto celebrado en el teatro Tacón el 27 de enero de 1860. En ese mismo año La Peregrina prologaría a Luisa el libro *Poesías* (La Habana, Imprenta El Iris)² Para ese entonces el romanticismo poético de Luisa era notorio y crecía su fama proverbial. A continuación un poema tomado de LA MODA ELEGANTE. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, AÑO XXV, NUM. 46. Edición 187, FECHADO EN MADRID EL 25 de noviembre de 1866, Pág. 8, que dedicó a la esposa de Nicolás Azcárate, abogado en cuyo bufete trabajara José Martí y en cuya mansión se celebraban tertulias de las que Luisa y otros notables intelectuales eran asiduos concurrentes.

LA MÚSICA.³

A mi amiga María Luisa Fesser de Azcárate.

¡Oh! tú, que el mundo conmovido huellas,
Hada embellecedora y fascinante,
Con el cendal de cándidas estrellas
Y la fulgida [*sic*] lira de diamante : [*sic*]
Deten [*sic*] el paso, y las sublimes galas
Derrama de tu espléndida armonía,
Transporta el alma en tus brillantes alas
A horizontes de luz y poesía.

Y en raudales serenos y dormidos,
Ó [*sic*] en trémulas cascadas centelleantes,
La lluvia celestial de tus gemidos
Desata por los aires vacilantes.

Que el eco de las mágicas caricias
Que finge tu sonido regalado,
En piélagos de amor y de delicias
Se lanza el corazon [*sic*] enagenado [*sic*].

Y canta con tus quejas peregrinas,
Llora con tus suspiros inmortales,
Y bebe de tus lágrimas divinas
El cristal y las perlas celestiales.

Y el espíritu vuela suspendido
A tu rica y magnética influencia,
Y sueña con un mundo bendecido
De perpétua [*sic*] y dulcísima cadencia.

Pues tu armónica voz con flecha de oro
Hiere y penetra el alma estremecida [*sic*],
Y brotan en riquísimo tesoro
Lágrimas deliciosas por la herida.

Y solloza en poética elegía

² Archivo de José Lezama Lima. By José Lezama Lima, Iván González Cruz. Pág. 249

³ Este poema ha sido transcrito por la autora del presente trabajo respetando estrictamente el original que aparece en el citado diario

Inefable, amorosa, lastimera,
 Y se pierde, se mece y se extravía
 En un éter flotante y sin ribera.
 Ya en apacible y elocuente río [sic]
 Fluye y murmura con risueña calma,
 Ya descende en suavísimo rocío
 Y abre flores divinas en el alma.
 Ó [sic] ténue [sic] como un soplo se adormece,
 Ó [sic] pasan ya tus vibraciones solas,
 Como el ala de un ave que extremece [sic]
 La tersa superficie de las olas.
 ¡Música celestial! ¿quién [sic] no se entrega
 A tu poder divino cuando gimes?
 ¡Música celestial! ¿quién [sic] no se anega
 En el mar de tus lágrimas sublimes?
 Por eso en los abetos gèmidores, [sic]
 En sonoro y patético lamento,
 Cantaron los arpados ruisseñores
 Y extasiaron los árboles y el viento.
 Y por eso las náyades marinas
 A revelar tu encanto sobrehumano,
 Con frentes de alabastro peregrinas,
 Rompieron el cristal del Océano [sic].
 Mas ya sobre la trípode radiante
 Cantas con inspirada melodía,
 Y corre tu cabeza palpitante
 Como un mar de ondulosa pedrería.
 Y el alma gime y trémula palpita
 A tu poder fascinador y ciego,
 Y arrebatada al fin se precipita
 En tu extasiante atmósfera de fuego.
 ¡Oh música! los ángeles gozosos
 Te levanten un trono refulgente,
 Y suspendan doseles luminosos
 Sobre tu excelsa y vencedora frente.

LUISA PEREZ [SIC]DE ZAMBRANA
 Habana: Isla de Cuba

A pesar de la adversidad, la poesía de Luisa Pérez de Zambrana continuaba difundándose, como este poema que he tomado y transcrito fielmente de LA AMÉRICA. CRÓNICA HISPANO-AMERICANA, AÑO XVII. NUM. 11. Pág. 14 y fechado en Madrid, un viernes 13 de junio de 1873.

ENTRADA EN JERUSALEN [*sic*].⁴

Con la sencilla majestad severa
que su frente reviste,
tendida la sagrada cabellera
y la mirada triste;
De los doce discípulos seguido,
camina á* paso lento
al enviado de Dios, el gran ungido,
sobre un pobre jumento.
El pueblo á recibirle se adelanta
entre clamores vivos,
arrojando con júbilo á su planta
verdes palmas y olivos.
Sus vestidos le tiende entusiasmado [*sic*]
por amorosa alfombra,
y ardiente, palpitante, alborozado
rey y señor le nombra.
Las hijas de Sion, [*sic*] los parbulitos
le aclaman á [*sic*] porfía,
y llegan á besar sus pies benditos
con cándida ufanía.
Mas él con melancólicos enojos
mira la ciudad santa:
vierten sagradas lágrimas sus ojos
y la mano levanta,
Y así le dice con acento augusto...
“¡Oh si reconocieras
al cordero divino, pueblo injusto,
cuan venturoso fueras!
“Mas no, mi boca con afan [*sic*] en vano
hoy la verdad te alega,
que eres sordo á mi voz ¡oh pueblo insano!
y tu maldad te ciega.”
Enjúgase las lágrimas divinas
con solemne tristeza,
y obra mil maravillas peregrinas
con suprema grandeza.
Y con la dulce majestad severa
que su frente reviste,
tendida la sagrada cabellera
y la mirada triste.

⁴ Este poema ha sido transcrito por la autora del presente trabajo respetando estrictamente el original que aparece en el citado diario. *Las *aes* acentuadas eran costumbre de la época, no así las *oes* como aparecen en la transcripción anterior. Las publicaciones de donde fueron tomados son ambas cortesía de Javier de Castromori.

De los doce discípulos seguido,
que repiten su queja,
el enviado de Dios, el gran ungido,
á [sic] Bethania se aleja.

LUISA PEREZ [SIC] DE ZAMBRANA

Cuentan que poco después de instaurarse la República de Cuba, fue tomado en acuerdo que el Ayuntamiento de La Habana le asignara a Luisa una modesta pensión, y que ésta apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de quien para entonces era ya una anciana. Pobrísima y olvidada en la casita de Regla en que una leyenda popular le recuerda vieja y sorda, sentada en el portal fumando tabaco, el 22 de marzo de 1918, con la ayuda de Enrique José Varona y José María Chacón y Calvo, se organizó una velada-homenaje en honor de la insigne poetisa en el Ateneo de La Habana a la que asistieron intelectuales de la época y que sirvió para paliar en algo el estado de desabrigo en que había quedado la excepcional mujer. Falleció en Regla, La Habana, Cuba, el 25 de mayo de 1922⁵ a la supuesta edad de 85 años.

Luisa Pérez de Zambrana es todavía una luz que titila en los estantes de alguna una vieja biblioteca, tal vez su alma inclinada sobre las vetustas páginas de un libro, bondadosamente recupera esa inmensidad en que el ojo capaz de distinguir “las dulzuras de la melancolía”, halla un tropel de mansedumbre y gran provisión de incalculables frutos desde su legado sempiterno.

*“Y doblando mi rostro de azucena,
en un desmayo blando y halagüeño,
cerrar los ojos al eterno sueño,
tranquila y sin pesar.
Y apoyada en un árbol, la cabeza,
a su sombra sentada, blanca y fría,
que me encuentres sonriendo todavía,
mas ya sin respirar.”*

(La melancolía)

(Continúa en la siguiente página con dos sonetos dedicados a Luisa)

⁵ Algunos autores señalan el año 1917 como el de su muerte y también que muriera a la edad de 82 años.

Dos sonetos a Luisa Pérez Montes de Oca de Zambrana

Por María Eugenia Caseiro

*"¿a dónde va, cubierta la mirada,
con una venda negra?"*
Luisa Pérez de Zambrana

Te ha besado la muerte tantas veces

"En medio de esta paz tan lisonjera"
tú lo sabías Luisa entre las ramas
de la amante familia, lo que amas
es a veces la efímera manera

de dar buen fruto sólo por un tiempo
y luego convertir en fruto amargo
el recuerdo inmortal: el cruel embargo,
de la Sombra que te atacó a destiempo.

"Has llorado mil veces que allí amabas"
has reído tan poco que ignorabas
de la risa en el llanto su recargo.

De tus versos felices sólo queda
un tesoro vendido en la almoneda
cual beso que la muerte da de encargo.

"¡almas desengarzadas de mi alma!"
Luisa Pérez de Zambrana

En la cruz de tu triste sepultura

A veces me pregunto por qué parten
dejándonos tan solos nuestros hijos
a sembrar en las tumbas crucifijos
que en todas nuestras lágrimas se ensarten.

A veces me pregunto si departen
sus almas de dulzura en escondrijos
del duelo de las madres: acertijos
que van sin responder cuando reparten

los hilos de la vida, y en la suerte

es más ruda la garra de la muerte
y más fuerte el vivir sin regocijos.

Y en la cruz de tu triste sepultura
a veces me pregunto si esa hondura
consiguió reunirse con tus hijos.

María Eugenia Caseiro. Miami, Estados Unidos, 18 de julio 2009